

Una mujer muy especial

ELISABETH Barrett Browning fue una mujer muy especial, rara ahora y aún más en su tiempo. No fue una luchadora que llamase la atención por sus actitudes y juicios públicos, no peleó por su emancipación y la de otras mujeres. Su empeño fue alcanzar una cultura casi inconcebible en una muchacha de aquella época, y llegar a ser una gran escritora.

Una caída de caballo, que lesionó su columna, y una tuberculosis con fases de latencia, mantuvieron a la Barrett recluida en su casa durante muchos años. Vivía en Londres, pero pasaba temporadas en el campo: ella siempre recordó su estancia en una finca en Tourquay, cerca de Devon. Elisabeth era la preferida de su padre, un hombre rico, patriarcal y de carácter duro; cuidó con esmero la salud y la educación de la futura escritora y no escatimó nada en médicos ni en profesores. Elisabeth estudió, entre otras cosas, griego, latín, filosofía y literatura. Se convirtió en una ávida lectora. Tenía amigas y amigos que iban a visitarla, y eso llenaba las horas que no dedicaba a la lectura o a escribir.

Su encierro tenía algo de voluntario, pues a sus dolencias reales se sumaba una notable dosis de neurastenia. Su compañía y su afecto permanente era un perro spaniel llamado «Flush», que se convertiría en un personaje famoso muchos años después, cuando, en 1933, Virginia Woolf escribió una fabulada biografía del can, al que identificó con su dueña. «Flush» sirvió a la Woolf para narrar la vida de Elisabeth y de su familia, y reconstruir las tertulias y el carácter de las personas que desfilaban por aquella casa.

TENÍA ya la Barrett cerca de cuarenta años cuando apareció en su vida Robert Browning, también escritor, seis años más joven que ella. Se enamoraron y ella pareció curarse de sus dolencias. Estaba comenzando los «Sonetos del portugués», el que iba a ser el mejor de sus libros. Las visitas de Browning a la casa eran frecuentísimas, y el padre de Elisabeth se apercibió del romance y lo desaprobó. La pareja se casó en secreto para presentar al señor Barrett un hecho irreversible, pero él nunca perdonó a su hija aquella decisión.

El matrimonio viajó a París y luego a Pisa y a Florencia. La salud de Elisabeth era ahora muy buena: parecía haber superado sus viejas dolencias. En

1848 tuvieron un hijo, que se convertiría en hijo único. Por entonces, Elisabeth mostró a su marido los «Sonetos del portugués», que él apreció en todo su valor y más aún, pues admiraba la obra de su mujer exageradamente.

El título de este libro es engañoso. Debieran ser «Sonetos traducidos del portugués», pues ésa es la intención que pretendía sugerir: presentar a la autora como simple traductora, a fin de que los lectores no pensasen que eran de ella todos los arrebatos pasionales que llenan sus versos. Ese título, ambiguo, lo eligió Robert Browning, inspirándose en un poema de la propia Elisabeth, llamado «Catalina a Camoens», en el que ella, como Catarina de Ataíde, se siente morir y piensa en el amado ausente, recordándole las palabras que él le decía cuando estaba a su lado. El título que Elisabeth había elegido era



«Sonetos del bosnio», fantasía exótica de la autora muy propia de la época.

Desde el soneto I («Releía los versos de Teócrito») hasta el soneto XLIV («Amor mío, a lo largo del verano») desfila todo un mundo de amor, intimista y romántico. Tensiones, tormentas, éxtasis y calma. Siguiendo la muy buena traducción de esta obra, realizada por Carlos Pujol, se canta a la duda («distintos/somos tú y yo, de vida y de destino»), se muestran caídas en la desesperanza («sólo la muerte nos podrá hermanar»), hay advertencias al amado («aléjate de mí»), aparece la tristeza («te veo entre mis lágrimas») y se declara el deseo de ver colmada una pasión («abre tu pecho y encierra en él mis alas de paloma»).

En el libro aparecen nombres de escritores clásicos griegos, y alusiones a la mitología no faltan, aunque veladas.

Entre vacilación y temor, la heroína se va abriendo paso hasta alcanzar la firmeza de emoción amorosa. He escrito heroína porque no se debe identificar totalmente el «yo personal» del «yo literario» de Elisabeth Barrett Browning. Ni ella misma hubiese podido deslindar las emociones que vivió de las que le llegaron a través de sus múltiples lecturas. Esto favorece al libro, que se aparta de un realismo sentimentalista, cosa que no ocurrió con otros escritores de su tiempo.

PARA entender mejor la obra de Elisabeth, vale la pena esbozar el carácter de los dos hombres que más influyeron en su vida y en su formación literaria. Su padre, Mr. Barrett, era de costumbres patriarcales, tan exageradas que el testimonio de algunos amigos de su hija las describen como tiránicas. Amaba exageradamente a Elisabeth, y no deseaba que se casara, cosa que casi consiguió. Robert Browning le caía mal, e hizo todo lo posible para separar a la pareja. Pese a no obedecerle, Elisabeth jamás le olvidó, y esperó siempre una reconciliación que no se produjo. Era un hombre de «todo o nada», un empecinado. La viudedad acabó de agriarle los modales, y acabó siendo una persona rencorosa e intratable.

Robert Browning también era escritor, aunque en vida no alcanzó la audiencia que tuvo Elisabeth. Lo describen como tímido y apocado ante las mujeres. Pero cuando conoció a la que sería su esposa, abandonó su indecisión, pues creyó haber encontrado «la persona en la que siempre soñé». Describe a Elisabeth como una mujer muy inteligente, sensible, delicada, que le dispensó un cariño casi maternal, punto este último que él agradeció especialmente, pues quería con pasión a su madre.

El desacuerdo total entre estos dos hombres debió de producir la inquietud e inseguridad que está presente en los «Sonetos del portugués», aunque no de forma explícita, pero sí intermitente. Y este clima tenso y apasionado evitó a su autora caer en los tópicos del romanticismo desnudo de aquella época. Los «Sonetos del portugués» son lo más logrado de toda la obra de Elisabeth Barrett Browning, y están merecidamente entre los mejores sonetos de la poesía inglesa del pasado siglo.

José Agustín GOYTISOLO